

## ¿Saturno devorado por sus hijos? Sobre si las máquinas amenazan a los libros

Víctor H. Palacios Cruz<sup>1</sup>

### INFORMACIÓN DEL ARTÍCULO

**Palabras claves:**

Condición humana,  
Cambio,  
Libros,  
Nuevas tecnologías,  
Cultura,  
Identidad Personal.

### RESUMEN

La experiencia del cambio se divide entre la euforia y la nostalgia. El libro-objeto creó hábitos, afectos, espacios, conductas y un modo de pensar que la digitalización altera irreversiblemente. El libro digitalizado no es solo otro depósito, sino una nueva relación con las ideas y con uno mismo. Sin embargo, el carácter físico y biográfico del libro-objeto proporciona un contrapeso en un mundo vertiginoso en que la identidad personal corre el peligro del desconcierto y la disolución.

**Saturn devoured by his children? On whether the machines threaten the books**

### ABSTRACT

**Keywords:**

Human Condition,  
Change,  
Books,  
New Technologies,  
Culture,  
Personal Identity.

The experience of change is divided between euphoria and nostalgia. Book as object created habits, emotions, spaces, behaviors and a mindset that digitizing alters irreversibly. Digitized book is not just another deposit, but a new relationship with ideas and with oneself. However, physical and biographical book as object provides a counterweight in a vertiginous world in which the personal identity is in danger of confusion and dissolution.

<sup>1</sup> Licenciado en Educación Secundaria, especialidad Historia y Ciencias Sociales. Master en filosofía por la Universidad de Navarra. Docente de la Universidad Católica Santo Toribio de Mogrovejo, Chiclayo, Perú. Email: vpalacios@usat.edu.pe ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5029-4612>

## Introducción

El humano es el único ser que se toma a sí mismo, se escudriña, se repudia o se queda repentinamente cautivado. Concibe ingenios maravillosos y luego olvida que salieron de sus manos. Un día juzga a sus criaturas ya crecidas, y concluye que es él quien se parece a ellas y que, por ejemplo, su cuerpo y su mente son números, máquinas, textos o programas informáticos. En 1996, cuando Deep Blue de IBM ganó una partida de ajedrez al ruso Gary Kasparov, la prensa tituló “La máquina venció al hombre”. En realidad, el humano había vencido al humano.

Para Octavio Paz, el hombre “nunca es el que es sino el que quiere ser, el que se busca; en cuanto se alcanza, o cree que se alcanza, se desprende de nuevo de sí, se desaloja, y prosigue su persecución. Es el hijo del tiempo” (Llama Doble. Amor y Erotismo, 2003). Una saeta, cuya muerte es la inactividad o, peor, la meta que detiene y pudre su madera. Sucede que el tiempo humano no es el de la rueda o el astro que giran, sino un curso dotado de conciencia. Un tiempo sentido, esperado o perdido.

Saturno devorando a un hijo es un óleo que Francisco de Goya terminó en 1823. Saturno, nombre romano de Cronos en la mitología griega. Cronos, hijo de Gea y Urano, que a instancias de su madre castró y destronó a su padre. Gea advirtió a su hijo que uno entre su prole haría lo mismo con él. Cronos engulló uno a uno a sus descendientes hasta que, por astucia de su mujer Rea, destrozó su boca al morder una piedra envuelta en un manto. Zeus había quedado a salvo en Creta, de donde volvería para erigirse en padre de dioses y hombres.

Cruenta visión del paso de las horas que traen los instantes y se los llevan sin consultarnos el corazón. En castellano,

“presente” es lo que surge y no dura para que haya duración; pero también lo que se da sin pedir algo a cambio. Ante la caducidad de las cosas, la memoria es el cristal en que atrapamos aquello a lo que no queremos renunciar. Donde a menudo confundimos recuerdos con anhelos. Como en Platón, para quien el ansia de belleza y sabiduría prueba que en una vida anterior gozamos de esos bienes, pues este mundo se resiste a ellos y es incapaz de inspirarlos. El deseo de lo superior es la evocación de lo perdido.

En nuestros días, la renovación tecnológica inculca un apetito de futuro. Más exactamente, la ansiedad de un futuro inmediato. Sin embargo, es imposible el salto en el vacío: cada cambio delata una continuidad. Los tipos móviles de la imprenta de Gutenberg imitaban los caracteres de los manuscritos medievales; el primer automóvil preservó la cabina alta, recta y amplia del carruaje; y los teléfonos celulares simbolizaron alarmas y mensajes de texto con campanas y sobres de papel. Así también, el libro no se entiende sin la evolución de la escritura y el empleo de arcilla, varas de bambú, papiro y pergamino; del mismo modo que sin las bibliotecas carecerían de sentido las computadoras e internet.

Para unos, el libro es inextinguible como lo es el espíritu. Borges decía que todos los inventos prolongan partes del cuerpo: las herramientas, nuestras manos, el telescopio nuestros ojos; pero el libro es más bien “una extensión de la memoria y la imaginación”. Para otros, por el contrario, los libros son un peso que es preciso diluir en etéreos billones de bits. “No moriré hasta acabar con el papel”, juró Bill Gates. Los primeros olvidan que la condición humana tiene en el cambio su estímulo; los segundos, que hay raíces que no se arrancan sin echarlo todo a perder.

## EL LIBRO Y EL SABER

En “El polvo del saber”, cuento de Julio Ramón Ribeyro, un joven descubre la existencia de una biblioteca de sus ancestros que, por un azar testamentario, se extravió en un inmueble de Lima. A fuerza de tenacidad, da con su paradero. Una tarde, escapa al estudio con sus compañeros de universidad, penetra hasta el fondo de la casa en que se encuentran y descubre el cuarto en que aquella magnífica colección se apretujaba y deshacía:

“Yo vacilé antes de abrir el candado. Sabía lo que me esperaba, pero por masoquismo, por la necesidad que uno siente a veces de precipitar el desastre, introduje la llave. Apenas abrí la puerta recibí en plena cara una ruma de papel mohoso. En el piso de cemento quedaron desparramadas encuadernaciones y hojas apolilladas. A esa habitación no se podía entrar sino que era necesario escalarla. Los libros habían sido amontonados casi hasta llegar al cielo raso. Empecé la ascensión, sintiendo que mis pies, mis manos se hundían en una materia porosa y polvorienta, que se deshacía apenas trataba de aferrarla. De vez en cuando algo resistía a mi presión y lograba rescatar un empaste de cuero. – ¡Sal de allí! – me dijo mi amigo-. Te va a dar un cáncer. Eso está lleno de microbios... Pero yo persistí y seguí escalando esa sapiente colina, consternado y rabioso, hasta que tuve que renunciar. Allí no quedaba nada, sino el polvo del saber. La codiciada biblioteca no era más que un montón de basura. Cada incunable había sido roído, corroído por el abandono, el

tiempo, la incuria, la ingratitud, el desuso. Los ojos que interpretaron esos signos hacía años además que estaban enterrados, nadie tomó el relevo y en consecuencia lo que fue en una época fuente de luz y de placer era ahora excremento, caducidad. A duras penas logré desenterrar un libro en francés, milagrosamente intacto, que conservé, como se conserva el hueso de un magnífico animal prediluviano” (La Palabra del Mudo II, 2009).

El libro no es solo una pieza. Un noble polvo de entendimiento, recuerdos y regocijos medra sobre sus superficies y rincones, y de él está hecha la vida. El libro es los espacios, el mobiliario y los afectos alrededor. Dora Carrington, pintora amiga de Virginia Woolf, escribe a su amado Lytton Strachey que acaba de morir:

“Echo un vistazo a nuestros libros preferidos e intento leerlos, pero sin ti no me dan ningún placer. Me acuerdo solo de las noches en las que tú me los leías en voz alta, y entonces lloro. Me siento como si hubiéramos almacenado todo nuestro trigo en un granero para hacer pan y cerveza el resto de nuestras vidas, y el granero hubiese ardido hasta los cimientos, y nosotros contempláramos las ruinas carbonizadas, de pie, una mañana de invierno. Pues en esta habitación estaba la cosecha de nuestra vida juntos. Toda nuestra felicidad estaba sobre ese fuego y con esos libros... Es imposible concebir que nunca más me sentaré contigo y escucharé tu risa. Que cada día del resto de mi vida tú no estarás” (Manguel, Alberto; 2008).  
Días después ella se disparó fatalmente.

Asombra notar que la piedra junto al río no ha sido erosionada por el agua, sino moldeada por unas manos. De repente, aquel objeto es una historia, una técnica, una sociedad. La pintura de plantas y animales sobre una pared desenterrada salva mejor la distancia de los siglos: sus formas tienen una claridad. Pero los signos de una lengua ignota, alineados sobre piedra o seda, elevan puertas que no se abren a empellones, sino con la delicada llave de la lectura. Una lavadora o un molino se descifran en su funcionamiento. Puesto que no es algo evidente, todo impreso es más bien una clase de secreto.

Un volumen puede ser utilitario –el manual de empleo de un artefacto, la guía para viajar por el mundo de los muertos–, pero puede que su solo recorrido sea ya su virtud. Y sobre él se adhieren otros signos que nadie más que su dueño entendería: una marca de lápiz o una mancha de café revelando una posesión, una experiencia. Una reunión de libros –la soñada biblioteca personal– contiene, diría Ribeyro, las huellas de un “itinerario espiritual” (Solo para Fumadores, 2008).

Quienes leen mucho y bien son más que enciclopedias que andan. Son universos con sus diversas constelaciones y una constante interrelación. Seres inagotables que salvan lo que otros querrían destruir: Savonarola y sus hogueras de vanidades en la Florencia renacentista; el ilustrado David Hume y los fuegos que imaginó para escritos que no contuvieran pruebas experimentales o demostraciones matemáticas; Hitler y la quema de textos de ciencia y literatura que se oponían a esa falsedad implacable que fue el nazismo. En la novela de Ray Bradbury, *Fahrenheit 451*, hombres y mujeres memorizan obras enteras para salvarlas de los incendios con que un régimen tecnificado y totalitario pretendía apagar el pensamiento, es decir la

libertad. “Hola, soy la Divina Comedia de Dante”; “Encantado, soy Romeo y Julieta”. Cualquiera de nuestros libros es el sobreviviente de una creación romana. Las tablillas de madera o cera eran toscas y rígidas comparadas con los pliegos de papiro egipcio. Sin embargo, la unión de ellas es el remoto inicio del objeto que todavía usamos. Una fabricación oriunda de Pérgamo, colonia griega a orillas del mar Egeo en la actual Turquía, hecha con piel de animales, permitió una flexibilidad y una reescritura superiores a la resistencia del papiro. Entre los siglos II y III después de Cristo, se juntaron los inventos y aparecieron los primeros códices: láminas de pergamino de idéntico tamaño superpuestas y cosidas por uno de sus lados. Aunque el códice convivió por unos siglos más con el rollo –guardado en cilindros de madera llamados «volúmenes»–, al fin prevaleció su facilidad para la maniobra, la enumeración de sus páginas, o la anotación sobre sus márgenes.

Para Umberto Eco, “el libro es como la cuchara, el martillo, la rueda, las tijeras. Una vez que se han inventado, no se puede hacer nada mejor”. Él “ha superado sus pruebas y no se ve cómo podríamos hacer nada mejor para desempeñar esa misma función. Quizá evolucionen sus componentes, quizá sus páginas dejen de ser de papel. Pero seguirá siendo lo que es” (Carriere & Eco, 2010). Ningún suceso fue tan decisivo en su trayecto posterior como la invención europea de la imprenta a mediados del siglo XV, en un taller alemán (En el siglo XI existieron prensas de tipos móviles de madera en China, y en el XIV, prensas con tipos de metal en Corea, que, sin embargo, no hallaron un contexto favorable a su difusión) .

Antes de Gutenberg los libros eran escasos. Se confeccionaban a mano y eran extraordinariamente caros: “en el siglo X una

condesa de Anjou tuvo que entregar 200 ovejas, tres toneles de trigo y varias pieles de marta en pago por un solo sermulario, y a finales del siglo XIV el príncipe de Orleans adquirió un devocionario en dos volúmenes por 200 francos de oro” (Dahl, S; 1999).

Escaso era también el número de los lectores. En sociedades abrumadoramente analfabetas, la oportunidad de tratar con los relatos y las lecciones se circunscribía a las ceremonias en que alguien leía para los demás. Si en la antigüedad los escenarios de tales encuentros eran jardines y cobertizos, o plazas y calles; en el medioevo eran principalmente los recintos cerrados de las iglesias: celdas, refectorios, claustros y escuelas religiosas, y también las cortes señoriales (Cavallo & Chartier, 2012).

Como puede imaginarse, la lectura en grupo suponía para los oyentes el contacto con palabras que se escuchaban una sola vez. El oído era agudo, el ánimo reverente, la memoria ancha. En la carencia de ejemplares, urgía conservar antes que interpretar o debatir. De ahí que la cultura medieval profesara un general apego a la tradición y la literalidad, y sintiera terror ante la pérdida o la innovación. La imprenta resultó subversiva al atenuar el miedo al olvido e incentivar las libertades del leer a solas multiplicando la presencia del impreso. El espíritu crítico no fue obra de la modernidad que creyó deshilar la “tiniebla medieval”, sino de la soltura y la confianza de lectores que tuvieron por fin un libro a la mano. Tiniebla imaginaria, pues dentro de los monasterios – benedictinos, primero–se copiaron y preservaron los tesoros antiguos y se cultivó la lectura en silencio como parte de la vida espiritual. En el siglo VI, cuenta Malcolm Parkes, la Regla de san Benito menciona “la necesidad de leer para uno mismo con el fin de no molestar a los demás”. En el siglo VII,

san Isidoro prefiere “la lectura silenciosa, que permite una mejor comprensión del texto, porque el lector aprende más cuando no escucha su voz”. Las letras son símbolos sin sonidos, creía Isidoro, capaces de transmitir sine voce el pensamiento de los ausentes” (Cavallo & Chartier, 2012).

Con el tiempo –dicen Guglielmo Cavallo y Roger Chartier–, pensado para “la lectura, el estudio, el comentario y la predicación”, el manuscrito adquirió un cariz “funcional”, introduciendo compendios que agilizaban la lectura: el espacio–página se dividió en dos columnas estrechas, de modo que cada renglón entrara en un solo campo visual; y el texto se fraccionó en secuencias que facilitaban la comprensión y la consulta.<sup>9</sup> La escolástica promovió una sistematización aun mayor de la lectura que, según Jacqueline Hamesse, privilegió “la adquisición del saber” por encima del enriquecimiento interior. La meditación de los textos fue relegada por los rigores de la erudición y la enseñanza (Cavallo & Chartier, 2012).

En el orden de la Suma teológica de Tomás de Aquino –dividida en cuestiones, subdivididas en artículos, cada uno de los cuales constaba de una pregunta inicial, unos argumentos en contra y a favor, la responsio o respuesta concluyente, y la réplica a cada una de las objeciones– se aprecia la técnica de la razón, pero ya no la chispa de la reflexión.

El racionalismo de René Descartes y la Ilustración es un desarrollo de la mentalidad libresca de fines del medioevo.<sup>10</sup> Sin duda, los grandes giros de la historia no los decide el estruendo de los cañones o los discursos de los monarcas, sino las tranquilas modificaciones de la sensibilidad que desplazan el acento que se coloca sobre lo que ya existe. El auge del comercio y las ciudades entre los siglos XI y XIV llevó poco a poco el modelo monástico y universitario de

bibliotecas y manuscritos al hogar de las familias ricas que acompañaban sus aspiraciones sociopolíticas con la procuración de un prestigio cultural.

Al aumentar y paulatinamente desencarecer los libros, la imprenta hizo del silencio lector una ocasión extendida e influyente. Librado del deber de la memoria y de la onerosa metodología escolástica, el lector común, leyendo a su aire, percibía pronto una voz que no provenía de otra parte que no fuera su intimidad desperezándose e irguiéndose. “Nunca pude leer un libro entregándome a él –diría después Fernando Pessoa (2004) –; siempre a cada paso, el comentario de la inteligencia o de la imaginación me entorpecía la secuencia de la propia narración. Al cabo de unos minutos, el que escribía era yo, y lo que estaba escrito no estaba en parte alguna”; “leo y me abandono, no a la lectura, sino a mí mismo”.

A inicios del siglo XIX, Schlegel decía: “la escritura tiene no sé qué secreto embrujo, acaso por el crepúsculo de eternidad que flota en torno suyo” y sus “silenciosos trazos” son “una envoltura más adecuada que el ruido de los labios” (1994). Para la cultura post-imprenta, leer en grupo es ya disipación. Novalis (1998) llama “santuario interior” al recogimiento instaurado por la lectura. Santuario interior que, claro, separa a cada lector del bullicio colectivo. En efecto, diversas voces a inicios de la Edad Moderna exhortaban a la introspección y la búsqueda en uno mismo: Martín Lutero, para escuchar al Espíritu Santo en el trato íntimo con los Textos Sagrados; Michel de Montaigne, para acopiar la vida diversa y ejercitar la propia identidad finita y mudable; René Descartes, para extraer de supuestas ideas innatas una ciencia nueva, completa, superior y definitiva. Desde luego, una dispersión de lectores socava los consensos. La lectura en grupo fija la letra y

enlaza a los oyentes en el proceso de una misma vivencia.

La lectura solitaria individualiza las reacciones, disgrega a los que leen que, absueltos de la mirada ajena, experimentan sus propias sensaciones, tanto el arrebatado fascinado cuanto la crítica severa<sup>11</sup> (Cavallo & Chartier, 2012). La variedad de pareceres, el talante revolucionario, la proliferación de periódicos, el librepensamiento y los derechos del yo crecen a la sombra formada sobre las hojas de los libros (Ibid, 2012).

Si la imprenta no alteró la apariencia de estos, sí les confirió una escala más personal y portátil. El impreso que viaja con nosotros, el que se lee en el sofá o bajo el árbol, el que se lleva a la cama, el que se subraya y se anota, el que no se presta a nadie por recato, el que recuerda una ciudad o una época, el que se obsequia para enamorar o agradecer.

El lugar de la casa destinado a su colocación y al estudio inauguró el espacio reservado para el ocio que, después, usurparían sucesivamente la radio, el televisor y la conexión a internet. Y a nuevos lectores, nuevos autores. La narración épica y el tratado teológico cedieron ante las novelas y las memorias que cuentan periplos personales. Si Carlomagno disfruta haciéndose leer La ciudad de Dios de san Agustín; Napoleón lleva consigo en sus campañas Las aventuras del joven Werther, que Goethe publicó en 1774, por cierto, provocando un efecto inaudito. Se dice que los jóvenes vestían al modo de Werther y que dos mil de ellos se suicidaron imitando su final.

## EL LIBRO Y LA IMPRENTA

Gracias a la imprenta, asimismo, numerosos títulos científicos cubrieron mesas y estantes al interior de las viviendas. La sabiduría de la humanidad doméstica y dócil. Y con ello, la educación autodidacta, la

investigación aficionada, la biblioteca como señal de distinción y los volúmenes como una metáfora del cosmos. En 1623 Galileo habló del mundo como un “gigantesco libro escrito en lengua matemática”, hecho de números y geometrías (Rossi, 1998) nítido ante una mente experta para la cual, dirá en 1637 el Discurso del método de Descartes (Discurso del Método, 1999) no habrán verdades “tan alejadas de nuestro conocimiento a las que, finalmente, no podamos llegar ni tan ocultas que no podamos descubrir”.

Como se ve, la divulgación de las ciencias inspiró muy temprano una tentación de poder. Para el positivismo del siglo XIX, el misterio era un enemigo a punto de ser exterminado. Aun hoy somos una cultura impaciente con nuestra pequeñez y no vemos en la ignorancia “una profundidad y variedad infinitas”, diría Montaigne (2007). La célebre biblioteca de Alejandría, fundada y ampliada por la dinastía egipcia de los ptolomeos, quiso replicar el universo en sus 900.000 manuscritos (Cavallo & Chartier, 2012).<sup>13</sup> Uno de sus destructores, el Califa Omar, dijo delante de ella en el siglo VII: “si no contiene más que lo que hay en el Corán, es inútil, y es preciso quemarla: si contiene algo más, es mala, y también es preciso quemarla”.

Reunir los atributos de todas las cosas; los nombres de la historia; el catálogo de los animales, plantas, astros y pueblos; los mapas de toda la Tierra... Hacer que comparezcan ante los ojos sin tener que levantarnos y que acudan con la sola acción de los dedos. No, no hablo de internet, sino de la rueda para leer que Agostino Ramelli diseñó y dibujó para De las diversas y artificiosas máquinas de 1588. Otros muebles la imitaron; pero no tuvo fortuna mercantil. No importa, su sola idea testimonia una pasión por los mecanismos – como en el De humani corporis fabrica de Andrea Vesalio, en 1543, y L’homme machine

de Julien Offroy de La Mettrie, de 1748–; a la vez que un anhelo de dominio sobre la indómita realidad.

Las bibliotecas como carros que llevan la civilización hacia el progreso indefinido que soñó Turgot, colaborador de L’Encyclopedie de Diderot y D’Alembert, y cuya lógica consecuencia fue el aumento no únicamente de los ejemplares, sino también de los lectores. La alfabetización extendida primero a todos los varones y, apenas hace un siglo, a todas las mujeres (Lyons, M; 2011).<sup>14</sup>

En suma, si el código (el libro–objeto tal como aún lo conocemos) definió la racionalidad, delimitó la subjetividad, propulsó la libertad e hizo de los miembros de una sociedad conciencias autónomas con las que es preciso pactar, no hay duda de que ahora la digitalización de los libros, la música y la cultura en general debe estar haciendo algo y en silencio con nuestros cuerpos y nuestras mentes. No por manida es menos cierta la frase que Marshall McLuhan pronunció en 1964: “el medio es el mensaje”. El paso del papel a la pantalla no ha sido solo un cambio de depósito. Ha modificado la forma y las condiciones del contenido y, sobre todo, las relaciones entre el sujeto y los textos, como antes lo hizo el paso de la lectura en grupo a la lectura callada y a solas.

Como se sabe, el estímulo incentiva y hasta crea una función. Así como una rutina de gimnasio moldea un músculo, leer por horas en un dispositivo electrónico afianza aptitudes psíquicas y cognitivas cuyo alcance aún desconocemos. Somos hijos del entorno que engendramos. Como sabemos, el andar erguido –por el cual tenemos rostro y manos– no es espontáneo sino inducido. Cultural más que natural. Nos inventamos de continuo y no parece que vayamos a dejar de hacerlo.

## HERRAMIENTAS PARA LA LECTURA

Cuanto más usemos una herramienta, explica Nicholas Carr (2011), “más nos amoldaremos a su forma y función. Eso explica porqué, después de trabajar con un procesador de textos durante un tiempo, empecé a perder mi facilidad para escribir y corregir a mano”. Una sucesión de inventos asienta una especialización motriz o perceptiva que no vuelve atrás. Somos “extensiones de nuestras tecnologías”.

El smartphone no es solo una síntesis de teléfono, computadora, televisor, reproductor de audio, cámara de fotos, filmadora y, por supuesto, libro y cuaderno. Es también una concurrencia maravillosa e irresistible de simultaneidad, rapidez y asociación que reacomoda los ojos, los dedos y las sinapsis.

¿Adónde nos lleva? ¿Qué nos da y qué nos quita? Friedrich Engels observaba que “todo progreso en el desarrollo orgánico es a la vez una regresión, pues fija un desarrollo unilateral y excluye así la posibilidad de un desarrollo en muchas otras direcciones” (Morin, 2007). La aleta del pez, la zarpa del oso, la tenaza del cangrejo son ganancias que el humano no obtuvo para llegar a tener un par de manos frágiles pero ilimitadamente dúctiles, a las que debe el despliegue infinito de la técnica. ¿Infinito? ¿Y si un día, activando sistemas automatizados con solo un parpadeo o con la voz, estas extremidades se encogieran, atrofiaran y desaparecieran por culpa del desuso?

La identidad de cada quien proviene de una historia hecha de recuerdos, pero la configuración de un recuerdo requiere una construcción interior. El menú de funciones de una tablet; la flora de hipervínculos, anuncios y posibilidades de un texto on line subyuga y

agita; y el revoloteo sensitivo deviene hábito y deleite. La plasticidad de las vías neuronales nos adapta a la distracción y al procesamiento veloz de elementos, mientras la atención sostenida se resiente. Por ello, dice Nichola Carr, cuesta concentrarse hasta cuando uno apaga las máquinas; de a pocos, nos vamos tornando “expertos en olvido” (2011). Brincando sobre el mismo charquito iluminado, ¿somos nosotros los que pensamos, o es la inmensidad virtual la que nos lleva? ¿Qué tanto control ejerce sobre sí misma una cabeza sumergida en la conectividad? “Eres lo que llevas”, decía una marca de memorias USB.

Semejante percepción nerviosa y compulsiva (que conduce a lo que el filósofo Byung-Chul-Han ha llamado la “sociedad del cansancio”) recuerda sorprendentemente a la de nuestros antepasados. Rodeados de amenazas, inseguros en la inclemente naturaleza, los primeros humanos, como los monos todavía, no debían comer ni dormir en un estado plácido y despreocupado, sino alertas a cualquier ruido tras las rocas o entre los árboles (La Sociedad del cansancio, 2012)<sup>15</sup>. Como aclara el psicólogo Vaughan Bell, leer significó la irrupción de un proceso antinatural, el de la prolongada fijación mental en un mismo objeto. Fue el libro en las manos lo que afianzó el pensamiento ininterrumpido y la jerarquía de la razón sobre los dispersos sentidos (N. Carrs, 2011). La cuestión ahora es si estamos asistiendo al cierre de paréntesis de una lucidez que hemos venido considerando como esencialmente humana.

Hace veinticinco siglos Platón objetó la invención de los escritos, –“fármacos de la memoria”, los llamó–, cuya posesión crea la engañosa sensación de saber, cuando el saber es oral, una conversación a lo largo de la vida; una posesión más íntima que el texto

guardado y mudo (Diálogos III, 2000)<sup>16</sup>. Entonces, si la sabiduría es una forma de ser, ¿nos debe afligir la extinción de los impresos y las costumbres que engendraron? ¿Estamos preparados para prescindir de los impresos? ¿En qué estado nos dejaría su desaparición? ¿Qué clase de actividad intelectual encierra la burbuja electrónica en que vivimos?

Un e-book –dice Luis Collado– abre “un mundo radicalmente diferente” sobre cuyo umbral tomamos una serie de decisiones sobre el tipo de pantalla en que leeremos, el tamaño de letra, la tipografía y el diseño de página. Nos enfrentamos a una oferta de funciones: traducción automática de un texto a cualquier idioma; búsqueda en diccionarios; opciones de ver videos que amplían los datos que leemos; escuchar párrafos del libro; visitar virtualmente los lugares que el libro cita; ver la película que se hizo sobre su historia; jugar con el videojuego concebido a partir del libro. Y todo sin mudar de soporte. Por último, el e-book conectado a la red crea una esfera en que comparto mis opiniones con desconocidos. La lectura se torna práctica “social” y “extrovertida” (2012).

Ahora bien, ¿es que antes de estos milagros técnicos la lectura de un libro era necesariamente plana y desprovista de asociaciones? Leyendo poesía, ¿no escuchaba uno los cascos de los caballos de los conquistadores?; leyendo historia, ¿no se sudaba terror ante el asesinato de Julio César a manos de Bruto?; leyendo filosofía, ¿no se trasladaba uno a dimensiones inaccesibles para la mejor tecnología 3-D?

La virtud “multitarea” del libro digital adormece algunos procesos interiores y debilita la energía para generar contenidos propios. Más aún, inhibe la creatividad al presentar opciones estandarizadas en programas informáticos sujetos, además, a un interés comercial. Según George Martin,

productor de The Beatles, los teclados electrónicos recortan la imaginación musical al brindar una multitud de efectos pregrabados y combinables, que no se crean sino solo se eligen. La atmosfera fluida y ramificada del ámbito digital se alarga cual una prótesis (Dubec & Denys, 2012)<sup>17</sup> un cerebro sucedáneo, que no es del todo nuestro y sobre el cual no tenemos potestad. Sobre las pantallas ganamos en ligereza, deslizamiento, destreza asociativa y refleja; pero perdemos calma, compenetración y deleite. Decía Woody Allen: “hice un curso de lectura rápida y leí Guerra y paz de Tolstoi en veinte minutos. Creo que decía algo sobre Rusia”. El zapping digital multiplica, diversifica e inmediateza la información; pero al precio del adelgazamiento de los sucesos y la pobreza de la digestión. Para qué recordar si puedo localizar en un artilugio de bolsillo una canción, una foto, un video, un amigo...

Aunque desalienta el cúmulo de archivos y en la maleza de la web ya pululan irresistibles nuevos frutos al alcance de los dedos. Cuenta el Nobel alemán, hace poco fallecido, Günter Grass (1999): cuando era niño “leía de una forma especial: con los dedos índices en las orejas. Hay que explicar que mi hermana menor y yo nos criamos en condiciones estrechas, concretamente en una vivienda de dos habitaciones, es decir, que no teníamos un cuarto propio ni ningún otro refugio por diminuto que fuera.

Considerado a largo plazo, aquello me fue provechoso, porque así aprendí pronto a concentrarme en medio de la gente y rodeado de ruidos. Como bajo una quesera, estaba tan absorto en mi libro y su mundo narrado, que mi madre, que tenía tendencia a gastar bromas, para probar a una vecina la distracción total de su hijo, me cambió un pan con mantequilla que yo tenía junto al libro y al que daba un mordisco de cuando en cuando,

por una pastilla de jabón –supongo que Palmolive– con lo que ambas mujeres –mi madre, no sin cierto orgullo–, fueron testigos de cómo, sin levantar la vista del papel, agarraba yo el jabón, lo mordía y, masticando, necesitaba un minuto largo para ser arrancado a la historia impresa”.

En contraste con semejante estado de encantamiento, N. Carr (2011) confiesa: “esté online o no, mi mente espera absorber información del modo en que le distribuye la Web, en un flujo veloz de partículas. En el pasado fui un buzo en un mar de palabras. Ahora me deslizo por la superficie como un tipo sobre una moto acuática”. Pero “mi cerebro no está solo disperso. Está hambriento. Exige ser alimentado tal como lo alimenta la Red, y cuanto más come, más hambre tiene. Incluso alejado del ordenador, siento ansias de mirar mi correo, hacer clic en vínculos, googlear. Estar conectado”. “Echo de menos mi viejo cerebro”, concluye.

Nos hemos convertido en picaflores mentales: consumidores ágiles, voraces y omnívoros, pero de escaso estómago. Apenas se agota la batería del celular, somos bárbaros de nuevo. Celebramos la abundancia del acopio, pero nos extenuamos ante la imposibilidad de dar forma a la polvareda de los datos (Byung-Chul-Han, 2014)18.

Es llamativo que poco después de Gutenberg circularan quejas por el exceso de publicaciones: En 1628, Robert Burton refiere en su Anatomía de la melancolía el “vasto caos y la confusión de los libros” que aturdiría al lector: “su peso nos oprime, nos duele la vista de leerlos, y los dedos de pasar sus páginas”. En 1600, Barnaby Rich, (cit. Carr, 2012; p.206), lamentaba: “una de las grandes enfermedades de nuestro tiempo es la proliferación de libros que abruman a un mundo incapaz de digerir la abundancia de

materias ociosas que todos los días se dan a la imprenta”.

Claro que los nuevos hábitos suponen conquistas apreciables, pero ellas pueden terminar impregnando el trato con nuestros semejantes, a quienes tal vez busquemos no para descubrir una historia o un mundo propio, sino para obtener una información, la solución de un problema o un rato de entretenimiento. Las personas dejarán de ser interesantes para ser únicamente “chéveres”.

Las ciudades en que vivimos fomentan esta bulimia sensorial. Colmadas de luces, escaparates, voces y folletería al paso, las urbes organizadas por el mercado antes que por la ciudadanía expelen caudales de impresiones sobre la exhausta sensibilidad de los transeúntes. Cuando en un banco protestaba por haber recibido llamadas telefónicas que me ofrecían un crédito financiero que jamás había pedido, el empleado de ventanilla me dejó atónito al responder creíblemente que la mayoría de los clientes gustaba de recibir esas llamadas. Dos alumnos subieron un día a un ascensor, pulsaron el número cinco, empezamos a subir y uno de ellos se quejó: “qué aburrido, deberían poner música”. Conté seis segundos de trayecto. Suficientes para que un habitante de este tiempo padezca una crisis por falta de suministros.

Como se dijo antes, a nuevos lectores nuevos autores. La estrechez del sms o Twitter no ahoga sino que abre nuevas modalidades de poesía. Aunque hay que decir que el haiku japonés se adelantó por unos siglos. Lo nuevo es la reformulación o tal vez la disolución del autor. Por ejemplo, los fanfictions, o relatos contruidos a varias manos por internautas. Los soportes en línea y sus interacciones crean inéditas estructuras narrativas. De momento, dice Lorenzo Soccavo, “son aún difíciles de discernir, pero

creo que pueden vislumbrarse en el universo de los videojuegos multijugador y en los universos en 3D del tipo Second life”. La edición digital seguirá la narrativa transmedia del relato “globalizado” (Dubec & Denys, 2012).

Sin duda, la digitalización favorece unos géneros y perjudica otros. Las ediciones de material fragmentable –diccionarios, enciclopedias, atlas, gramáticas– se adaptan sin resistencia a esta inmersión de textos en masas de unidades que se leen de manera incompleta y discontinua. Estos son los primeros libros que sin remedio dejarán de imprimirse. Influidos por los blogs, diarios, redes sociales y otros medios, son cada vez menos, en cambio, los que se avienen a leer de largo ensayos y novelas, los formatos más vulnerables en la era de lo virtual.

Por último, las nuevas generaciones leen y a la vez escuchan música o tienen una red social abierta. Lo que obliga a los escritores como a cualquier creador audiovisual, a puntuar sus obras de segmentos separables y sobresaltos calculados para mantener el interés. No se piensa más en un lector fiel y paciente, sino en un receptor con cada una de cuyos estímulos circundantes es inevitable competir. La prosa virará hacia lo llamativo, breve e inconexo.

Y mientras la nueva literatura se toma su tiempo, la industria editorial no cesa de poner en el mercado más títulos cada año. La predicción de Bill Gates está lejos de cumplirse. Recordemos que el rollo coexistió con el código hasta el siglo X. Por cierto, la imputación que se hace a los libros de deforestar la Tierra al usar papel fabricado con celulosa es en parte injusta e interesada: cada vez se emplean más insumos reciclados. Por el contrario, la sospechosa obsolescencia de los aparatos electrónicos levanta montañas de

chatarra cuyos metales calcinan el aire y los suelos.

Una curiosidad. El fin del libro no es un debate exclusivo de este tiempo. En 1831 Alphonse Lamartine escribía: “el pensamiento se expandirá por el mundo a la velocidad de la luz, concebido al instante, instantáneamente escrito, entendido de inmediato. Cubrirá la Tierra de un polo al otro: súbito, instantáneo, inflamado del fervor del alma que lo alumbró. Será el reino de la palabra humana en toda su plenitud.

El pensamiento no tendrá tiempo de madurar, acumularse en la forma, morosa y tardía, de un libro. Hoy el único libro posible es un periódico”. En 1889, tras el invento del fonógrafo por Thomas Edison, Philip Hubert anunciaba que “muchos libros y relatos no se darán nunca a la imprenta, sino que llegarán a manos de los lectores –mejor dicho, los oyentes– en forma de fonogramas”. Las fonotecas reemplazarían a las librerías y los narradores orales ocuparían el lugar de los escritores. “Las damas –decía Uzanne– ya no dirán, al hablar de un autor de éxito: ‘¡Qué gran escritor!’, sino que temblando de emoción suspirarán: ‘¡Qué voz tan seductora y emocionante tiene este narrador!’” (N. Carrs, 2012; pp.136–137). Sin embargo, el libro sobrevivió al periódico y al fonógrafo, y posteriormente al cine y la televisión.

Pienso que un criterio útil para entrever el futuro es distinguir entre el libro como objeto encuadernado, y el acto de leer. Seguiremos leyendo, sin duda, aunque el acto de leer se deshilvane en incontenibles pulsiones cognitivas o sensitivas. La cuestión es si el significado intelectual y emocional del libro será suficiente para justificar, primero, la conservación de los que ya existen, y segundo, la producción y compra de nuevas unidades. Desde luego, su desaparición no es

inminente, pero tampoco totalmente imposible (Gil & Rodríguez, 2011).

Escribe Julio Ramón Ribeyro: “el amante de los libros no aspira solamente a la lectura sino a la propiedad. Y esta propiedad necesita observar todas las solemnidades, cumplir todos los ritos que la hagan incontestable. El amor a los libros se patentiza en el momento mismo de su adquisición. El verdadero amante de los libros no tolera que el expendedor se los envuelva. Necesita llevarlos desnudos en sus manos, irlos hojeando por el camino, meter los pies en un charco de agua, sufrir todos los trastornos de un primer encantamiento. Llegando a su casa, lo primero que hará será grabar en la página inicial su nombre y la fecha del suceso, porque para él toda adquisición es una peripecia que luego será necesario conmemorar. Con el tiempo dirá: 'Hace tantos años y tantos que compré este libro', como se dice: 'Hace tanto tiempo que conocí a esta mujer'”.

Sigue Ribeyro: “el amante de los libros no puede frecuentar las bibliotecas públicas. El acto le parecerá tan humillante y pernicioso como visitar las casas de tolerancia. Los libros puestos a disposición de la comunidad son libros indiferentes, son libros fríos con los cuales no nace un acto de verdadero amor, no se crea una relación de confianza. [...] Hay gente, sin embargo, que solo lee en las bibliotecas públicas y esto revela, en el fondo, una profunda incapacidad para amar. Un libro leído y amado es un bien irremplazable. [...] Cada libro es una amistad con todas sus grandezas y sus miserias, sus disputas y sus reconciliaciones, sus diálogos y sus silencios. Al releer estos libros –el amante es sobre todo un relector– irá reconociendo sus horas perdidas, sus viejos entusiasmos, sus dudas inútiles. Un libro amado es un fragmento de la vida. Perdido el libro queda un vacío en la memoria que nada podrá reemplazar”.

Finalmente, “un libro, para ser amado, necesita poseer otras y más delicadas cualidades. Necesita, en realidad, un mínimo de decoro, de gusto, de misterio, de proporción; en suma aquellas cualidades que podemos exigir, discretamente, en una mujer. Por esta razón es que entre las mujeres y los libros existen tantas secretas correspondencias. Hay libros que terminan su vida, solitarios, que jamás encuentran un lector. Hay lectores que jamás encuentran su libro”.

Creo que el libro seguirá existiendo en tanto sigamos apreciando ciertas condiciones que no son exclusivas de los libros. En particular, la identidad y la índole irreplicable de las personas y las cosas. No es casual la reacción de varias editoriales al rivalizar con el formato digital acentuando las propiedades sensibles del producto: la superficie del papel, el aspecto rústico o artístico, la calidad de sus imágenes, la portada acariciable. En una feria del libro en Londres en 2013, Neil Gaiman declaró que “una de las cosas que deberíamos hacer es libros más hermosos, más delicados”. Deberíamos “transformar los objetos en fetiches, dar a la gente una razón para comprar objetos, no solo contenido” (Virginia Collera, 2014).

Pienso que para que un ejemplar sea atesorable no hace falta que sea adrede ornamentado. Hace falta que se introduzca en nuestra rutina de seres sensibles a las señales de semejantes que nos hablan desde otro lado; hace falta que aún queramos descubrir nuestra propia voz. Que un volumen arraigue en la memoria y la intimidad nunca obedecerá a una prescripción industrial. Quizá su apariencia atractiva sea un inicio. Pero nada lo hará más humano que su envejecimiento junto a nosotros. Hasta la imperfección del subrayado que revela una circunstancia –el trazo violento de la euforia, la línea torcida

por la marcha del bus- hacen del impreso más humilde un monumento personal. Las máquinas se malogran o caducan y sus datos migran a otros receptáculos; nos aterra aun el llegar a perderlos por un desperfecto, un virus o una incompatibilidad de software.<sup>22</sup> El libro es diferente, como lo es un suceso o una experiencia. Como todo lo que ocurre solo una vez.

Un e-reader puede ser cualquier publicación, género o información; cualquier libro, bueno o no, bello o útil, nuevo o viejo, favorito o no; un diario, un mapa, un cuento. Pero para que sea todo ello es necesario que en principio no sea absolutamente nada. En cambio, un libro impreso solo puede ser lo que es y nunca nada más. He ahí su valor: su naturaleza única e intransferible. En un universo de neurótica mudabilidad en que la intermitencia, la renovación y el estreno<sup>23</sup> - rasgos de la sociedad de consumo- permean nuestras vidas -por ejemplo, a través de la adicción a las cirugías estéticas-, lo persistente o inmutable se vuelve cálido y fiable en el seno de una “sociedad líquida”, como diría Zygmunt Bauman.

La virtualidad es inasible e ilimitada. Como lo es el espíritu. Por ello, nada como él necesita dramáticamente de una superficie o raíz que lo implante en el mundo dotándolo de irrefutable materialidad. También los recuerdos exigen huellas, cofres, símbolos. Sin asideros que se aferran, erramos como un cardumen de bits rumbo a la papelera o la chatarra.

El libro físico es una patria, un refugio, un lugar al que se vuelve. Víctima de las convulsiones políticas de la Florencia renacentista, Niccolò Machiavelli escribía a un amigo: “llegada la noche regreso a casa y entro en mi estudio; y en el umbral me despojo de aquella ropa cotidiana, llena de barro y lodo, y visto prendas reales y curiales;

y, decentemente vestido, entro en las antiguas cortes de los hombres antiguos, donde, recibido amorosamente por ellos, me alimento de esa comida que es sólo mía, ya que nací para ella; allí no me avergüenzo de hablar con ellos y preguntarles la razón de sus acciones; y ellos, por su humanidad, me responden; y durante cuatro horas de tiempo no siento tedio alguno, olvido todo afán, no temo la pobreza, no me asusta la muerte: me transfiero del todo en ellos” (Maurizio Viroli, 2004).

### A MODO DE CONCLUSIÓN

Finalmente, son igual de hermosos y nuestros los libros por leer. Promesas, esperanzas, los pliegos de lo imprevisible: indicios de la vida misma. Pruebas de una cotidiana infinitud. Uno puede comprar libros más rápidamente de lo que los lee. No importa. Elias Canetti contesta: “no puedo negar que me duele no ocuparme de los libros, tengo un sentimiento físico por ellos, de vez en cuando me sorprende manteniendo diálogos de despedida con ellos. [...] Con la mayor desenvoltura me digo en voz alta que estos libros aún sin tocar no dejarán que me vaya, y quizá es esta su función y ya ni siquiera espero que llegue a leerlos. [...] Me duele pensar que los libros caerán en manos ajenas o que incluso se venderán, me gustaría que permanecieran donde están ahora y que yo pudiera visitarlos de vez en cuando sin ser visto, como un fantasma”. Entre tanto, “vivo entre muchos libros y extraigo una gran parte de mis ganas de vivir del hecho de que aún leeré la mayoría de ellos”.

Para concluir, ¿hacia dónde nos movemos? No es frívolo decir que nada sabemos, excepto que nos movemos. Tocqueville añoraba los valores éticos y sociales de la aristocracia, pero también veía indetenible el advenimiento de la democracia,

cuya inexorabilidad no le impedía, sin embargo, juzgar sus flaquezas, entre ellas la masificación y la tiranía de las mayorías que, un siglo después, volverían a preocupar a los sociólogos.

Dentro de uno mismo Saturno devora a sus hijos así como Zeus destrona a Cronos. Intuye Borges: “el tiempo es la sustancia de que estoy hecho. El tiempo es un río que me arrebató, pero yo soy el río; es un tigre que me destroza, pero yo soy el tigre; es un fuego que me consume, pero yo soy el fuego”.<sup>27</sup>

Quizá nos falta coraje para afrontar la comprensión que deja la pérdida. Quizá el prestigio del pasado enturbia los derechos de lo venidero. El titubeo angustia. Es muy humano que durante el cambio algunos se detengan y miren hacia atrás, como que otros vayan hacia adelante con entusiasmo y sin desvíos. En “Los eucaliptos”, otro relato de Ribeyro (2009; p.190), un adolescente reconoce en la tala de una arboleda que distinguía a su barrio la destrucción de una parte de sí mismo, pese a lo cual “nuevos niños vinieron y armaron sus juegos en la calle triste. Ellos eran felices porque lo ignoraban todo”. Después de todo, dice Sören Kierkegaard, “la vida solo puede ser entendida mirando hacia atrás, hacia lo que no puede cambiar; pero solo puede ser vivida mirando hacia adelante, hacia lo que todavía no existe” (cit. C. Magris, 1997; p.37).

## Bibliografía

Byung-Chul-H. (2014). La agonía del Eros, trad. Raúl Gabás, Barcelona, Herder.

Byung-Chul-Han (2012) La sociedad del cansancio, trad. A. Saratxaga A., Barcelona, Herder.

Carr, N. (2011). Superficiales. ¿Qué está haciendo Internet con nuestras mentes?, trad. Pedro Cifuentes, México DF, Taurus.

Carrière, Jean-Claude; Eco, Umberto. (2010) Nadie acabará con los libros. Entrevistas realizadas por Jean-Philippe de Tonnac, trad. Helena Lozano M., Barcelona, Lumen.

Cavallo, G; Chartier, R. (2012). Historia de la lectura en el mundo occidental, trad. M. Barberán, M. P. Palomero, F. Borrajo y C. García Olhrich, Madrid, Taurus.

Collado, L. (2012). “Convergencias y divergencias entre libros (papel y digital)” en Texturas. Sobre edición y libros, sus hechos y algunas ideas, n. 17, mayo.

Collera, V. “El libro como fetiche vuelve a seducir”, en internet: [http://cultura.elpais.com/cultura/2014/06/05/babelia/1401974403\\_361647.html](http://cultura.elpais.com/cultura/2014/06/05/babelia/1401974403_361647.html)

Descartes, R. (1999). Discurso del método, trad. Eduardo Bello, Madrid, Tecnos.

Dubec, S; Denys, R. (2012). “¿Hacia una muerte programada del libro?” en Texturas. Sobre edición y libros, sus hechos y algunas ideas, n. 17.

Gil, M; Rodríguez, J. (2011). El paradigma digital, Madrid, Trama Editorial.

Grass, G. (1999). “La rata y el Nobel”, discurso en la ceremonia de entrega el Premio Nobel de Literatura. Estocolmo.

Lyons, Martín. (2011). Libros. Dos mil años de historia ilustrada, trad. Carmen García Gómez, Barcelona, Lunwerg Editores.

Manguel, Alberto. (2008). Breve tratado de la pasión, Barcelona, Lumen.

Magris, C. (1997). Danubio, trad. Joaquín Jordá, Barcelona, Anagrama.

Montaigne, M. (2007). Los ensayos, trad. J. Bayod Brau, Barcelona, Acantilado.

Morin, E. (2007). El hombre y la muerte, Barcelona, Kairós.

Novalis (1998). Enrique de Ofterdingen, trad. Eustaquio Barjau, Madrid, Cátedra.

Paz, Octavio (2003). La llama doble. Amor y erotismo, Bogotá, Seix Barral.

Pessoa, F. (2002). Libro del desasosiego, trad. Perfecto E. Cuadrado, Barcelona, Acantilado.

Platón. (2000). Fedro. trad. E. Lledó Íñigo, en Diálogos III, Madrid, Gredos.

Ribeyro, Julio R. (2009). “El polvo del saber” en: La palabra del mudo II, Barcelona, Seix Barral.

Ribeyro, J. (2009). Cuentos completos I, Barcelona, Seix Barral.

Rossi, P. (1998). El nacimiento de la ciencia moderna en Europa, trad. María Pons, Barcelona, Crítica.

Svend, Dahl. (1999). Historia del libro, Trad. Alberto Adell, Madrid, Alianza.

Schlegel, F. (1994). Poesía y filosofía, trad. D. Sánchez Meca y A. Rábade O., Madrid, Alianza.

Viroli, M. (2004). La sonrisa de Maquiavelo, trad. A. Pentimalli, Tusquets/Folio.